

Primera parte



AUGUST

El destino sonrió y la fortuna se rió
cuando se acercó a mi cuna...

NATALIE MERCHANT, «Wonders»

Normal

Sé que no soy un niño de diez años normal. Bueno, hago cosas normales: tomo helado, monto en bici, juego al béisbol, tengo una Xbox... Supongo que esas cosas hacen que sea normal. Por dentro, yo me siento normal. Pero sé que los niños normales no hacen que otros niños normales se vayan corriendo y gritando de los columpios. Sé que la gente no se queda mirando a los niños normales en todas partes.

Si me encontrase una lámpara maravillosa y solo le pudiese pedir un deseo, le pediría tener una cara normal en la que no se fijase nadie. Pediría poder ir por la calle sin que la gente apartase la mirada al verme. Creo que la única razón por la que no soy normal es porque nadie me ve como alguien normal.

Pero ya estoy más o menos acostumbrado a mi cara. Sé fingir que no veo las caras que pone la gente. A todos se nos da bastante bien: a mí, a mamá, a papá, a Via. No, eso no es verdad: a Via no se le da nada bien. Puede llegar a enfadarse mucho si alguien hace alguna grosería. Como una vez que, en los columpios, unos chicos mayores se pusieron a hacer unos ruidos raros. Ni siquiera sé qué ruidos eran, porque no los oí, pero Via sí, y se puso a gritarles. Así es ella. Yo no soy así.

Via no me ve como alguien normal. Ella dice que sí, pero si fuera normal no me protegería tanto. Mis padres tampoco me ven como alguien normal. Para ellos soy alguien extraordinario. Creo que yo soy la única persona en el mundo que se da cuenta de lo normal que soy.

Por cierto, me llamo August. No voy a describir cómo es mi cara. No sé cómo os la estaréis imaginando, pero seguro que es mucho peor.

Por qué antes no iba al colegio

La semana que viene empiezo quinto en el cole. Como nunca he ido a un colegio de verdad, estoy requetemuerto de miedo. La gente piensa que si no he ido al colegio es por culpa de mi cara, pero no es verdad. Es por todas las operaciones que han tenido que hacerme. Veintisiete desde que nació. Las más importantes me las hicieron antes de cumplir los cuatro años, así que de estas no me acuerdo, pero desde entonces me han operado dos o tres veces al año (unas más largas que otras). Como soy bajito para mi edad y tengo otros misterios que los médicos nunca han sabido resolver, antes siempre estaba enfermo. Por eso mis padres decidieron que era mejor que no fuese al colegio. Pero ahora me encuentro mucho mejor. La última vez que me operaron fue hace ocho meses, y es probable que no tengan que volver a hacerlo hasta dentro de un par de años.

Mi madre me da clase en casa. Antes era ilustradora de libros para niños. Dibuja unas hadas y unas sirenas chulissimas, pero cuando se pone a dibujar cosas de chico ya no mola tanto. Una vez intentó dibujarme un Darth Vader, pero le

salió una cosa que parecía un robot con forma de champiñón. Hace mucho tiempo que no la veo dibujar nada. Creo que está demasiado ocupada cuidando de Via y de mí.

No puedo decir que siempre haya querido ir al colegio, porque no sería verdad del todo. Quería ir al colegio, pero solo para poder hacer lo mismo que los otros niños: tener un montón de amigos, quedar después de clase y esas cosas.

Tengo algunos buenos amigos. El mejor es Christopher, y luego están Zachary y Alex. Nos conocemos desde que éramos unos bebés y, como siempre me han conocido tal como soy, no les importa. Cuando éramos pequeños siempre jugábamos juntos, pero entonces Christopher se fue a vivir a Bridgeport, en Connecticut. Eso está a más de una hora de donde yo vivo en North River Heights, en el norte de Manhattan. Luego, Zachary y Alex empezaron a ir al colegio. Es curioso: aunque Christopher se fue a vivir lejos, lo veo más que a Zachary y a Alex. Ahora todos tienen amigos nuevos, pero, si nos vemos por la calle, aún se portan bien conmigo. Siempre me saludan.

Tengo otros amigos, pero no tan buenos como Christopher, Zack y Alex. Cuando éramos pequeños, Zack y Alex siempre me invitaban a sus fiestas de cumpleaños. Joel, Emma y Gabe, no. Emma me invitó una vez, pero hace mucho tiempo que no la veo. Al cumpleaños de Christopher sigo yendo todos los años, claro. A lo mejor lo que pasa es que doy demasiada importancia a las fiestas de cumpleaños.

Cómo nació

Me gusta que mamá cuente esta historia porque siempre me hace reír un montón. Seguramente no tiene tanta gracia como un chiste, pero, cuando la cuenta ella, Via y yo nos tronchamos de risa.

Quando yo estaba en la barriga de mi madre, nadie tenía ni idea de que yo iba a nacer con esta ^{spot} pinta. Via había nacido cuatro años antes y, como todo había sido «coser y cantar» (la expresión es de mamá), no había motivo para hacer ninguna prueba especial. Unos dos meses antes de nacer, los médicos se dieron cuenta de que a mi cara le pasaba algo raro, pero no pensaron que fuese nada grave. Les dijeron a mis padres que tenía el paladar hendido y alguna cosa más. «Pequeñas anomalías», las llamaban.

La noche que nació había dos enfermeras en el paritorio. Una era muy dulce y simpática. La otra, según mamá, no parecía ni dulce ni simpática. Tenía unos brazos enormes y (esto es lo más gracioso) no paraba de tirarse pedos. Le llevaba a mi madre unos cubitos de hielo y se tiraba un pedo. Le tomaba la tensión y se tiraba un pedo. Mamá dice que aque-

llo era increíble, porque la enfermera no le pidió perdón ni una sola vez. Además, su médico no estaba de guardia esa noche, así que le tocó un médico joven y maniático al que papá puso el mote de ^{MUCHACHO}Doogie, creo que por alguna serie antigua de televisión (aunque no se lo llamaron a la cara). Mamá dice que, aunque todos estaban de mal humor, mi padre se pasó la noche haciéndola reír.

Cuando salí de la barriga de mi madre, todos se quedaron mudos. Mamá no llegó a verme, porque la enfermera simpática me sacó corriendo de la habitación. Papá se dio tanta prisa en seguirla que se le cayó la cámara de vídeo y se rompió en mil pedazos. Mamá se enfadó mucho e intentó levantar-se para ver adónde iban, pero la enfermera pedorra le puso sus enormes brazos encima para impedir que se levantase de la cama. Casi se pelearon, porque mamá estaba histérica y la enfermera pedorra le gritaba para que se calmase. Luego, los dos se pusieron a llamar al médico a gritos. Pero ¿sabéis qué? ¡El médico se había desmayado y estaba tirado en el suelo! Cuando la enfermera pedorra vio que se había desmayado, se puso a empujarle con el pie para despertarlo mientras le gritaba: «¿Qué clase de médico es usted? ¿Qué clase de médico es usted? ¡Levántese! ¡Levántese!». Y de pronto se tiró el pedo más grande, ruidoso y apestoso de la historia de los pedos. Mamá cree que fue el pedo lo que despertó al médico. El caso es que cuando la historia la cuenta ella, hace todos los papeles —hasta imita el ruido de los pedos— y es divertidísimo.

Mamá dice que, al final, la enfermera pedorra se portó muy bien con ella. Le hizo compañía todo el rato y no se separó de ella hasta que volvió mi padre y los médicos les dijeron que yo estaba muy enfermo. Mamá recuerda exacta-

mente lo que la enfermera le susurró al oído cuando el médico le dijo que era probable que muriera esa misma noche: «Todo aquel nacido de Dios vence al mundo». Y al día siguiente, como había sobrevivido, la enfermera le dio la mano a mi madre cuando me llevaron para que me viese por primera vez.

Pero entonces ya se lo habían contado todo y ella ya se había preparado para verme. Dice que cuando vio mi carita deforme por primera vez, solo se fijó en lo bonitos que tenía los ojos.

Por cierto, mamá es preciosa. Y papá es muy guapo. Via también, por si alguien lo dudaba.

En casa de Christopher

Lo pasé muy mal cuando Christopher se mudó de casa hace tres años. Los dos teníamos unos siete años. Nos pasábamos las horas jugando con nuestros muñequitos de *La guerra de las galaxias* y peleando con nuestros sables de luz. Eso lo echo de menos.

La primavera pasada fuimos a casa de Christopher en Bridport. Christopher y yo estábamos buscando algo de comer en la cocina, y entonces os a mamá contándole a Lisa, la madre de Christopher, que en otoño iría al colegio. Era la primera vez en toda mi vida que la oía hablar del colegio.

—¿De qué habláis? —pregunté.

Mamá parecía sorprendida, como si no hubiese querido que oyese lo que acababa de decir.

—Deberías decirle lo que has estado pensando, Isabel —dijo papá, que estaba en la otra punta del salón hablando con el padre de Christopher.

—Ya lo hablaremos luego —dijo mamá.

—No, quiero saber de qué estabais hablando —repuse.

—¿No crees que podrías ir al colegio, Auggie? —preguntó mamá.

—No —contesté.

—Yo tampoco —añadió papá.

—Pues no hay más que hablar —dije, encogiéndome de hombros, y me senté en el regazo de mi madre, como un bebé. —Creo que necesitas aprender más de lo que yo puedo enseñarte —replicó mamá—. A ver, Auggie, ya sabes lo mal que se me dan las fracciones.

—¿Qué colegio? —pregunté, a punto de echarme a llorar.

—El colegio de secundaria Beecher. Nos pilla cerca de casa.

—Vaya, es un colegio estupendo, Auggie —dijo Lisa, dándome una palmadita en la rodilla.

—¿Y por qué no al colegio de Via? —repuse.

—Es demasiado grande —contestó mamá—. No creo que fuese una buena elección.

—No quiero ir —dije. Lo reconozco: hice que mi voz sonase un poco infantil.

—No tienes por qué hacer nada que no quieras hacer —respondió papá. Se acercó, me levantó del regazo de mamá y me sentó sobre sus rodillas en la otra punta del sofá—. No vamos a obligarte a hacer nada que no quieras hacer.

—Pero le vendría bien, Nate —dijo mamá.

—Si él no quiere, no —contestó papá, mirándome—. Si él no quiere, no.

Mamá miró a Lisa, que estiró el brazo y le apretó la mano.

—Seguro que al final encontraréis una solución —le dijo a mamá—. Siempre la encontraréis.

—Ya lo hablaremos luego —comentó mamá.

Se notaba que papá y ella iban a discutir. Yo quería que ganase papá, aunque en parte sabía que mamá tenía razón. Y la verdad era que las fracciones se le daban fatal.

En el coche

El camino de vuelta a casa era largo. Me quedé dormido en el asiento de atrás, como siempre, con la cabeza sobre el regazo de Via, como si fuese mi almohada, y con el cinturón de seguridad envuelto en una toalla para no llenar a mi hermana de babas. Via también se quedó dormida, y mamá y papá se pusieron a hablar en voz baja de cosas de adultos que para mí no tenían importancia.

No sé cuánto rato estuve dormido, pero al despertarme ya era de noche y por la ventanilla del coche se veía la luna llena. El cielo tenía un color morado e íbamos por una carretera llena de coches. Entonces oí a mis padres hablando de mí.

—No podemos seguir protegiéndolo —le susurró mamá a papá, que era quien conducía—. No podemos hacer como si mañana fuera a despertarse y su realidad fuera otra, porque sí lo es, Nate, y tenemos que ayudarle a aprender a hacerle frente. No podemos seguir evitando situaciones que...

—Y enviarlo al colegio de secundaria como un cordero al matadero... —contestó papá enfadado, pero no llegó a acabar la frase porque vio por el retrovisor que tenía los ojos abiertos.

—¿Qué es un cordero al matadero? —pregunté medio dormido.

—Vuelve a dormirte, Auggie —dijo papá en voz baja.

—En el colegio todos se quedarán mirándome —repuse, y me eché a llorar.

—Cielo —dijo mamá. Se dio la vuelta en el asiento del copiloto y me puso la mano sobre la mía—. Ya sabes que si no quieres, no irás. Pero le hemos hablado de ti al director y tiene muchas ganas de conocerte.

—¿Qué le habéis contado de mí?

—Que eres muy divertido, bueno e inteligente. Cuando le dije que a los seis años ya habías leído *El jinete del dragón*, exclamó: «¡Caray, tengo que conocerlo!».

—¿Qué más le contaste? —pregunté.

Mamá me sonrió. Su sonrisa me envolvió como un abrazo.

—Le hablé de tus operaciones y de lo valiente que eres.

—¿Y sabe la pinta que tengo?

—Le llevamos fotos del verano pasado en Montauk —dijo papá—. Le enseñamos fotos de toda la familia. ¡Y esa foto estúpida en la que sostienes un lenguado en la barca!

—¿Tú también estabas? —Tengo que reconocer que me llevé una desilusión al saber que papá también había participado en aquello.

—Pues sí, los dos estuvimos hablando con él —contestó papá—. Es un hombre muy simpático.

—Te caería bien —añadió mamá.

De pronto me pareció que los dos estaban en el mismo bando.

—Un momento. ¿Cuándo os reunisteis con él? —pregunté.

—Nos enseñó el colegio el año pasado —dijo mamá.

—Ya, ya lo sé —dijo papá, sonriendo y mirándome por el retrovisor—. ¿Qué te parece el apellido que tiene, Auggie? ¿Quién podría querer tener un apellido como Traseronian?

Sonreí, aunque no quería que me viesen sonreír. Papá era la única persona en todo el mundo capaz de hacerme reír aun- que yo no quisiese. Papá siempre hacía reír a todo el mundo. —¡Auggie, deberías ir a ese colegio solo para oír cómo dicen su apellido por megafonía! —exclamó papá emocionado—. ¿A que sería gracioso? Probando, probando. ¡Por favor, señor Traseronian! —dijo imitando una voz aguda de mujer mayor—. ¡Hola, señor Traseronian! ¡Veo que hoy va de *culto*! ¿Han vuelto a darle un golpe a su coche *por detrás*? ¡Acuda al patio *trasera*!

Me eché a reír, pero no porque pensase que fuera tan gracioso, sino porque no me apetecía seguir enfadado.

—¡Aunque podría ser peor! —prosiguió papá con su voz normal—. Nosotros tenemos una profesora en la universidad que se llamaba Pompish.

Mamá también se echó a reír.

—¿De verdad? —pregunté.

—Roberta Pompish —contestó mamá, levantando la mano como si fuese a jurarlo por algo—. Bobbie Pompish.

—Tenía unos cachetes enormes —dijo papá.

—¡Nate! —exclamó mamá.

—¿Qué? Lo único que he dicho es que tenía unos cachetes enormes.

Mamá se reía y negaba con la cabeza al mismo tiempo.

—¡Se me ocurre una cosa! —dijo papá emocionado—. ¡Vamos a organizarles una cita a ciegas! ¿Os lo imagináis? Señorita Pompish, le presento al señor Traseronian. Señor Tra-

seronian, le presento a la señorita Pompish. Podrían casarse y tener unos cuantos culletes.

—Pobre señor Traseronian —contestó mamá, negando con la cabeza—. ¡Auggie ni siquiera lo ha conocido todavía, Nate!

—¿Quién es el señor Traseronian? —preguntó Via medio adormilada. Acababa de despertarse.

—El director de mi nuevo colegio —respondí.

Hola, señor Traseronian

Habría estado más nervioso si hubiese sabido que, además de al señor Traseronian, también iba a conocer a algunos chicos del nuevo colegio. Pero, como no lo sabía, no podía evitar que me entrase la risa tonta al acordarme de todas las bromas que había hecho papá con el apellido del señor Traseronian. Por eso, cuando mamá y yo llegamos al colegio de secundaria Beecher unas cuantas semanas antes del comienzo del curso y vi al señor Traseronian allí plantado, esperándonos en la entrada, me entró la risa tonta. No se parecía en nada a cómo me lo había imaginado. Pensaba que tendría un culo enorme, pero no. De hecho, era un tipo bastante normal. Alto, delgado, mayor, pero no viejo. Parecía simpático. Primero le dio la mano a mamá.

—Hola, señor Traseronian. Me alegro de volver a verte —dijo mamá—. Le presento a mi hijo August.

El señor Traseronian me miró sonriente y asintió con la cabeza. Me ofreció la mano para que se la estrechase.

—Hola, August —dijo en un tono de lo más normal—. Encantado de conocerte.

—Hola —farfullé, dándole la mano mientras le miraba los pies. Llevaba unas Adidas rojas.

—Bueno... —dijo, arrodillándose delante de mí para que no pudiese mirarle a las zapatillas y tuviese que mirarlo a la cara—. Tus padres me han hablado mucho de ti.

—¿Y qué le han contado? —pregunté.

—¿Cómo dices?

—Cielo, tienes que hablar más alto —dijo mamá.

—¿Qué le han contado? —pregunté, intentando no hablar entre dientes. Reconozco que tengo la mala costumbre de hablar entre dientes.

—Pues que te gusta leer —me contestó el señor Traseronian—. Y que eres un gran artista. —Tenía los ojos azules y las pestañas blancas—. Y que te gustan las ciencias, ¿no?

—Ajá —respondí.

—Tenemos un par de optativas de ciencias en Beecher —dijo—. A lo mejor te apetece coger una.

—Ajá —contesté, aunque no tenía ni idea de qué era una optativa.

—¿Esrás listo para visitar el centro?

—¿Ahora? —dije.

—¿Pensabas que íbamos a ir al cine? —preguntó sonriente mientras se levantaba.

—No me habías dicho que íbamos a visitar el colegio —le dije a mamá en tono acusatorio.

—Auggie... —comenzó a decir.

—Todo irá bien, August —dijo el señor Traseronian, teniéndome la mano—. Te lo prometo.

Creo que quería que le diese la mano, pero preferí dársela a mamá. Él me sonrió y echó a andar hacia la entrada.

Mamá me dio un apretón en la mano, aunque no sé si era un apretón de «Te quiero» o un apretón de «Lo siento». Seguramente una mezcla de las dos cosas.

El único colegio que había visto en mi vida era el de Vía, cuando iba con mamá y papá a verle cantar en los conciertos de primavera y cosas así. Aquel colegio era muy diferente. Era más pequeño y olía a hospital.

La amable señora García

Seguimos al señor Traseronian por unos cuantos pasillos. No había mucha gente, y la poca que había no se fijó en mí, aunque a lo mejor fue porque no me vieron. Mientras caminábamos, iba escondido detrás de mamá. Ya sé que puede parecer infantil, pero en esos momentos no me sentía demasiado valiente.

Llegamos a una pequeña habitación. En la puerta había escrito **DESPACHO DEL DIRECTOR DE SECUNDARIA**. Dentro había una mesa y, sentada detrás, una señora que parecía simpática.

—Le presento a la señora García —dijo el señor Traseronian. La señora le sonrió a mamá, se quitó las gafas y se levantó de la silla.

—Isabel Pullman. Encantada de conocerla —repuso mi madre, dándole la mano.

—Y este es August —dijo el señor Traseronian.

Mamá se hizo a un lado para dejarme pasar. Entonces pasó lo que ya me había pasado un millón de veces antes. Cuando la miré a la cara, la señora García bajó la vista durante un segundo. Fue algo tan rápido que nadie aparte de mí se

habría dado cuenta, ya que el resto de su cara se quedó exactamente igual que estaba. Tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—Encantada de conocerte, August —dijo, ofreciéndome la mano para que se la estrechase.

—Hola —contesté en voz baja, dándole la mano, pero, como no quería mirarla a la cara, me concentré en sus gafas, que le colgaban de una cadena al cuello.

—¡Vaya, menudo apretón! —dijo la señora García. Tenía la mano caliente.

—El chico da unos apretones de manos tremendos —concluyó el señor Traseronian, y todos se echaron a reír.

—Puedes llamarme señora G —dijo la señora García. Creo que se dirigía a mí, pero yo estaba mirando todas las cosas que tenía sobre la mesa—. Así me llaman todos. «Señora G, se me ha olvidado la combinación de la taquilla». «Señora G, necesito un justificante». «Señora G, quiero cambiar de optativa».

—La señora G es la que dirige de verdad el colegio —dijo el señor Traseronian, y todos los adultos volvieron a reírse.

—Llego todas las mañanas a las siete y media —prosiguió la señora García, que seguía mirándome mientras yo observaba fijamente sus sandalias marrones con florecitas moradas en las hebillas—. Si alguna vez necesitas algo, August, pídemelo a mí. Y puedes pedirme lo que sea.

—Vale —farfullé.

—Ay, qué bebé tan precioso —dijo mamá, señalando una de las fotografías que había en el tablón de anuncios de la señora García—. ¿Es suyo?

—¡No, válgame Dios! —exclamó la señora García, con una gran sonrisa que era totalmente diferente de su sonrisa de oreja a oreja—. Acaba de alegrarme el día. Es mi nieto.

—¡Qué preciosidad! —dijo mamá, sacudiendo la cabeza—. ¿Cuánto tiempo tiene?

—En esa foto tenía cinco meses, creo. Pero ahora ya es mayor. ¡Tiene casi ocho años!

—¡Vaya! —exclamó mamá, sin dejar de sonreír—. Pues es una monada.

—Gracias —contestó la señora García, con un gesto afirmativo como si estuviera a punto de decir algo más sobre su nieto. Pero de repente dejó de sonreír tanto—. Aquí todos vamos a cuidar muy bien de August —le dijo a mamá, y vi que le daba un ligero apretón en la mano. Miré a mamá a la cara, y entonces me di cuenta de que estaba tan nerviosa como yo. Supongo que la señora García me cayó bien... cuando no sonreía de oreja a oreja.

Jack Will, Julian y Charlotte

Seguimos al señor Traseronian a una pequeña habitación que estaba nada más pasar la mesa de la señora García. Él iba hablando mientras cerraba la puerta de su despacho y se sentaba tras su enorme mesa, aunque, la verdad, yo no prestaba demasiada atención a lo que decía. Estaba mirando las cosas que tenía sobre la mesa. Había cosas chulas, como un globo terráqueo que flotaba en el aire y una especie de cubo de Rubik hecho de espejitos. Me gustó mucho su despacho. Me gustaba que tuviese colgados en las paredes dibujos y pinturas de los alumnos, enmarcados como si fuesen importantes.

Mamá se sentó en una silla frente a la mesa del señor Traseronian y, aunque había otra silla junto a la suya, decidí quedarme de pie a su lado.

—¿Por qué usted tiene habitación propia y la señora G no? —pregunté.

—Supongo que querrás decir que por qué tengo despacho propio —repuso el señor Traseronian.

—Antes ha dicho que es ella la que dirige el colegio.

—Bueno, estaba bromeando. La señora G es mi ayudante.
—El señor Traseronian es el director del colegio —explicó mamá.

—¿Y lo llaman señor T? —pregunté, y eso le hizo sonreír.
—¿Señor T? ¿Como Mr. T? ¿Sabes quién es Mr. T? —contestó—. «¡Pobre desgraciado!» —dijo poniendo una voz de tío duro, como si estuviera imitando a alguien.

No tenía ni idea de qué me estaba hablando.

—En fin, la verdad es que no —dijo el señor Traseronian, negando con la cabeza—. Nadie me llama señor T, aunque algo me dice que se refieren a mí por otros nombres que desconozco. Hay que asumirlo, no es fácil vivir con un apellido como el mío, no sé si me entiendes.

Reconozco que en ese momento me eché a reír, porque sabía exactamente lo que quería decir.

—Pues mis padres tuvieron una profesora que se llamaba Pompish —dije.

—¡Auggie! —exclamó mamá, pero el señor Traseronian se echó a reír.

—Eso sí que es grave —dijo el señor Traseronian, negando con la cabeza—. Supongo que no debería quejarme. Oye, August, he pensado que hoy podríamos...

—¿Es una calabaza? —pregunté, señalando una pintura enmarcada detrás de la mesa del señor Traseronian.

—Auggie, cielo, no interrumpas a la gente —dijo mamá.

—¿Te gusta? —preguntó el señor Traseronian. Se giró y se quedó mirando la pintura—. A mí también. Y yo también pensaba que era una calabaza, hasta que el alumno que me lo regaló me explicó que no es una calabaza, sino... agátrate... ¡un retrato mío! Dime, August: ¿de verdad parece una calabaza?

—¡No! —contesté, aunque estaba pensando que sí. Cuando sonreía, los cachetes se le hinchaban y eso le hacía parecer una calabaza de Halloween. Mientras lo pensaba, me di cuenta de que tenía gracia: cachetes, el señor Traseronian... y se me escapó una risilla. Negué con la cabeza y me tapé la boca con la mano.

El señor Traseronian sonrió, como si pudiese leerme el pensamiento.

Fui a decir algo, pero de pronto oí voces al otro lado de la puerta del despacho: eran voces de niño. No exagero si digo que casi se me para el corazón, como si acabase de correr en la carrera más larga del mundo. Se me quitaron las ganas de reírme.

El caso es que cuando era pequeño no me importaba conocer a otros niños, porque todos los niños que conocía eran pequeños, como yo. Lo guay de los niños pequeños es que no dicen cosas para intentar hacerte daño, aunque a veces digan cosas que te hacen daño. Pero no saben lo que dicen. Los niños mayores... esos sí que saben lo que dicen. Y eso no me hace ninguna gracia. Uno de los motivos por los que me dejé crecer el pelo el año pasado era porque me gusta que el flequillo me cubra los ojos: eso me ayuda a tapar las cosas que no quiero ver.

La señora García llamó a la puerta y asomó la cabeza.

—Ya están aquí, señor Traseronian —dijo.

—¿Quiénes? —pregunté.

—Gracias —le dijo el señor Traseronian a la señora García—. August, he pensado que sería buena idea que conocieras a algunos alumnos que estarán en tu clase este curso. Podrían enseñarte el colegio. Lo que se dice reconocer el terreno.

—No quiero conocer a nadie —le dije a mamá.

El señor Traseronian se me puso delante y apoyó las manos en mis hombros. Se agachó y me dijo al oído:

—Tranquilo, August. Son buenos chicos, te lo prometo.

—No te va a pasar nada, Auggie —susurró mamá con todas sus fuerzas.

Antes de que pudiese decir nada más, el señor Traseronian abrió la puerta del despacho.

—Pasad, chicos —dijo, y entraron dos niños y una niña.

Ninguno nos miró ni a mamá ni a mí. Se quedaron junto a la puerta mirando fijamente al señor Traseronian como si sus vidas dependiesen de ello.

—Muchas gracias por venir, chicos. Sobre todo, teniendo en cuenta que el curso no empieza hasta el mes que viene —añadió el señor Traseronian—. ¿Lo habéis pasado bien en verano?

Todos asintieron, pero nadie dijo nada.

—Bien, bien —dijo el señor Traseronian—. Chicos, quería presentaros a August, que va a estudiar aquí este curso. August, estos chicos llevan estudiando en Beecher desde preescolar, aunque antes estaban en el edificio de infantil, pero todos se conocen al dedillo los planes de estudio de secundaria. Y como vais a estar todos en la misma clase, he pensado que estaría bien que os conocierais un poco antes de que empezase el curso. Bueno, chicos, os presento a August. August, este es Jack Will.

Jack Will me miró y extendió la mano.

—Hola —dijo esbozando una sonrisa cuando se la estreché, y bajó la vista rápidamente.

—Este es Julian —continuó el señor Traseronian.

—Hola —contestó Julian, e hizo exactamente lo mismo que Jack Will: me dio la mano, esbozó una sonrisa forzada y bajó la vista enseguida.

—Y Charlotte —dijo el señor Traseronian.

Charlotte tenía el pelo más rubio que había visto en mi vida. No me dio la mano, pero me saludó tímidamente y sonrió.

—Hola, August. Encantada de conocerte.

—Hola —contesté, mirando al suelo. Llevaba puestas unas Crocs de color verde intenso.

—Bien —dijo el señor Traseronian, juntando las manos como si fuese a aplaudir a cámara lenta—. He pensado que podríais enseñarle el colegio a August. Quizá podríais empezar por la tercera planta. Allí es donde va a estar vuestra aula de tutoría: en el aula 301. Creo. Señora G, ¿cuál...?

—¡Aula 301! —gritó la señora García desde la otra habitación.

—Aula 301 —repitió el señor Traseronian mientras asentía—. Después podéis enseñarle los laboratorios de ciencias y la sala de informática. Y luego podéis bajar a ver la biblioteca y el salón de actos en la segunda planta. Y llevadlo a la cafetería, claro.

—¿Lo llevamos a la sala de música? —preguntó Julian.

—Buena idea, sí —contestó el señor Traseronian—. August, ¿sabes tocar algún instrumento?

—No —respondí. No era mi tema de conversación favorito, sobre todo porque no tengo orejas. Bueno, sí tengo, pero no se parecen a las típicas orejas que tiene todo el mundo.

—Bueno, pero quizá te guste ver la sala de música de todos modos —dijo el señor Traseronian—. Tenemos una magnífica selección de instrumentos de percusión.

—August, tú siempre has querido aprender a tocar la batería —añadió mamá, intentando hacer que la mirase, pero el flequillo me tapaba los ojos mientras miraba fijamente un trozo de chicle pegado en la parte de abajo de la mesa del señor Traseronian.

—¡Estupendo! —dijo el señor Traseronian—. ¿Qué os parece si volvéis dentro de... —Miró a mamá— ¿media hora? Creo que mamá asintió.

—¿Te parece bien, August? —me preguntó el director. No contesté.

—¿Te parece bien, August? —repitió mamá.

La miré. Quería que viese lo enfadado que estaba con ella, pero, cuando la miré a la cara, dije que sí con la cabeza. Parecía más asustada que yo.

Los otros chicos ya habían echado a andar hacia la puerta, así que los seguí.

—Hasta luego —dijo mamá en un tono de voz más agudo de lo normal.

No le contesté.

